

**PREMIO DEL CERTAMEN DE ENSAYO BREVÍSIMO  
OLIVA SABUCO 2024**

**El desarrollo como desenvolvimiento... del espíritu**

Manuel Calvo Jiménez<sup>1</sup>

Profesor de Filosofía de Enseñanza Secundaria

Hace poco, un compañero me escribía jocosamente un whatsapp donde, en un sticker con su propia fisonomía ataviada con nariz de payaso, se decía: "la nada nos penetra... y eyacula". Después de reírme un rato, algo en mi interior vio la verdad de dicha afirmación e inspiró los pensamientos que siguen. Ciertamente la nada, con su afán inseminador de limitaciones, ha hecho necesario el desarrollo, el progreso hacia el Ser. Veamos.

El Ser –con mayúsculas- así como la Nada –también con mayúsculas- son los elementos indispensables y, al tiempo, imposibles para la aparición de lo real. Sin Ser no podría haber algo que "sea", pero sin la Nada, inoculando sus semillas limitadoras por doquier, tampoco habría entidad frente a otra entidad que permitiese la aparición del ente que es. En el principio eran el Ser Uno, identificado con la Nada también una. Eran una y la misma cosa, pues lo que hay no puede ser plenamente, si no hay pluralidad, si no hay contacto con otro ente que también sea, si no hay contacto con unos ojos que lo miren, si no hay roce, choques, aleaciones y fisuras. Y ya sabemos que la pluralidad y el cambio

---

<sup>1</sup> Doctor en Filosofía por la Universidad de Sevilla, ejerce como profesor de filosofía en secundaria. Entre sus libros pueden destacarse *Filosofía para la felicidad*, *Diez razones para ser de centro* y *Filosofía para la Era Digital* (Almuzara), o *Despertando a la razón* (Alegoría). Este texto ha sido escrito en Tomares, en junio 2024.

consisten en ser y no ser al mismo tiempo. Los esfuerzos de la Nada por irrumpir contradictoriamente en la existencia hicieron que sus semillas limitadoras, como pequeñas nadas diseminadas en infinita cantidad, rompieran el Ser en infinitos pedazos que se entificaron (o se ontificaron) llevando dentro de sí, cada una de ellas, el sueño de recuperar un día aquellos hermanos perdidos por el Universo entero. El Ser Uno se convirtió en pura exterioridad fragmentada. Y ahora "solo" nos queda recuperar esa imposible unidad perdida progresivamente en el desarrollo infinito del espíritu. Recuperar el Ser Uno en un desarrollo constante, sostenido y sostenible. ¿Es esto posible?

Bajemos de las alturas especulativas un momento y atendamos superficialmente a la pregunta de si es posible o no un desarrollo sostenible. ¿De qué desarrollo se trata? Muchas veces se confunde el desarrollo con conceptos muy cercanos semánticamente como son "crecimiento" y "progreso".

Si por desarrollo se entiende "crecimiento", en primer lugar, la respuesta es rápida y fácil: no, no puede haber un crecimiento sostenible. El Ser no puede crecer, puesto que es uno y no puede haber dos, como bien dejó demostrado el maestro de Elea. Si hubiese dos Seres, entre uno y otro sólo podría haber Nada. Y, como la Nada no es, no hay ese vacío de Ser entre Ser y Ser. Por consiguiente, el Ser no puede crecer ni decrecer en modo alguno<sup>2</sup>. Por otra parte, según la conocida ley de la conservación de la energía ofrecida por la ciencia moderna, la energía ni se crea ni se destruye. Por tanto, no es posible utilizar energía infinita para producir infinitos productos o entes pues los recursos de la

---

<sup>2</sup> Somos conscientes de que esto parece contradecir lo dicho en párrafos anteriores, cuando afirmábamos que el Ser necesita de la Nada para existir puesto que necesita de la pluralidad de entes. Nosotros creemos que no es contradicción, sino que el Ser con mayúsculas, al contrario de lo que creía Parménides, es el resultado final, sólo anticipado por el intelecto en actitud filosófica, del desarrollo sostenido y sostenible del mundo óptico en su despliegue temporal. Ya se explicará un poco más adelante.

naturaleza son limitados. Personalmente me da vértigo cuando oigo que la economía de tal o cual gigante mundial ha crecido tanto o cuanto en un año, o que la población mundial ha crecido en no sé cuántos millones, o que la producción de coches o lavadoras crece cada vez más... Ese desarrollo en el sentido de crecimiento tiene un límite y, como es muy probable que comprobemos en nuestras propias carnes, ese límite se impondrá antes o después. Podríamos dispersar los entes, que cada vez haya más, multiplicarlos sin fin... Sin embargo, nosotros somos más partidarios de aquel adagio latino que afirmaba "*entia non sunt multiplicanda sine necessitate*".

Además, ¿quién quiere crecer? ¿Crecer hacia dónde? Una persona no quiere crecer y crecer sin más hasta llegar a las nubes. Crecer por crecer es tan estúpido como decrecer por decrecer hasta desaparecer al nivel de un átomo o un electrón. El "desarrollo" es un concepto que debe indicar una meta, una finalidad, un bien mayor, aún por alcanzar, y no simplemente un "cuanto más, mejor". Demos, pues, esta cuestión por zanjada.

Por otro lado, está la opción de considerar del desarrollo como "progreso". El concepto de progreso sí tiene esa intención de mejorar, de ir allá adonde aún no hemos llegado porque suponemos que guarda unos bienes que no tenemos. Progresar, pues, sería avanzar hacia lo mejor. Sin embargo, lo mejor no siempre está delante, en un futuro o en una realidad aún no conseguida. A veces, lo mejor está detrás, o dentro. Cuando entendemos el progreso, una vez más, como conseguir más cosas, producir más entes, volvemos al error del crecimiento. Progresar no es, o no tiene por qué ser, crecer. Progresar es ir hacia el "Bien", ya lo decía Platón. ¿Es el desarrollo, entonces, un progreso? ¿Qué tipo de progreso? ¿Y es ese progreso sostenible?

Aristóteles explicaba el cambio, el desarrollo de los entes, utilizando los conceptos de acto y potencia. Todo ente es un "algo" en acto, pero también tiene en su interior, como si de una semilla se tratara, otras muchas posibilidades en potencia. Yo mismo soy ahora padre

en acto y abuelo en potencia. Pero no todas las potencialidades son buenas, claro está, puesto que, además de abuelo en potencia, también soy un asesino en potencia o un estafador en potencia. Sin embargo, las potencialidades contenidas en la esencia de los entes sí son buenas. Hagamos ahora un paréntesis en cuanto a la esencia humana, que es especial (porque no existe). Un olivo "desea" desarrollar su esencia de olivo y un gorrión la suya propia. Y ese desarrollo es bueno, es un verdadero progreso para dicho olivo y dicho gorrión. Por tanto, el desarrollo de la esencia de las cosas es un desarrollo que constituye un progreso. Muy en la línea de la voluntad de poder nietzscheana, todo tiene en su interior la voluntad, la fuerza y el empuje hacia el desarrollo de su propia esencia. Un desarrollo, no sólo sostenible, sino sostenido en el tiempo de forma inevitable.

Pero el problema aparece con el ser humano. El ser humano no tiene una esencia al modo del resto de entes mundanos. Ya lo decía Picco della Mirandola: "No estamos prisioneros de nuestro destino, sino que somos creadores de nuestro propio destino", por tanto, no tenemos predefinida una forma específica de ser humanos, sino que es nuestra tarea, nuestra esencia especial podríamos decir, el decidir cuál es nuestra esencia. Por tanto, no está predefinido qué significa desarrollarnos como humanos. No hay un único concepto de "desarrollo" o, usándolo como sinónimo, de "progreso" humano. Al no tener una naturaleza predefinida como la que tienen el resto de entes, nos quedamos perdidos o huérfanos de sentido y no sabemos qué tenemos que ser o qué debemos conseguir para ser verdaderamente humanos. Entonces, ¿qué? ¿Caemos en un relativismo paralizante? Si no somos nada en concreto, no es que no pueda haber un desarrollo sostenible, es que no sabemos qué hay que desarrollar. Y así nos asomamos al abismo de la voluntad y nos vuelve a penetrar impudicamente la nada. La angustia existencialista nos inunda.

Desde este relativismo pesimista, el ser humano ha intentado de un modo u otro encontrar ese lugar hacia el que dirigir su progreso y,

en los tiempos que corren, no ha sabido (por lo general) ver más progreso que aquel que implica un crecimiento. Puesto que no hay nada que sea “mejor” que otra cosa porque nada está definido, lo único que nos queda para agarrarnos es la cantidad de entes. Multiplicar los entes, crecer y producir como única forma de progreso o de desarrollo. Y esto, ya hemos dicho, no es sostenible. Pero es que tampoco es deseable, ni ahí está el Bien con mayúsculas del que hablara Platón.

Sin embargo, en la propia indeterminación de la naturaleza humana reside, eso creemos, la solución al enigma. No tenemos naturaleza predefinida porque nuestra esencia consiste, precisamente, en la libertad. Algunos piensan (neurocientíficos muy actuales y reconocidos, entre ellos) que la libertad no existe. Y tienen razón. No somos libres de pensar lo que pensamos, de decidir lo que decidimos, etc. porque hay leyes causales, neuronales, biológicas o ambientales que nos condicionan o, incluso, nos determinan. Pero no es esa la libertad que nos caracteriza. La libertad humana es la que nos da nuestra consciencia de nosotros mismos y del mundo que nos rodea. Cuando un ser (humano o cualquier otro capaz de hacerlo) se sabe como ente en el mundo, se autopercibe como existente, como estando aquí o ahí (*Da-sein*, que dijera Heidegger), en ese momento se libera de la cadena de la pura exterioridad en la que se encuentra el Ser desde sus comienzos cuando la Nada se dispersara por sus entresijos generando fragmentación. Desde esta perspectiva, el ser humano, cada ser humano o ser autoconsciente que pueda existir allende nuestras fronteras terrícolas, es como una luz que ilumina desde su parcialidad el resto del universo unificándolo en cierta medida.

El Ser Uno, prácticamente una Nada en sus primeros momentos, se partió en mil pedazos ónticos cuando la nada parcial del no-ser se decidió a resquebrajar aquella unidad originaria. Pero ese Ser Uno no era un verdadero ser puesto que no había consciencia que lo abarcara, no había aparición o dación (que dijera Husserl en su fenomenología) que lo hiciera aflorar a la verdadera existencia. Ser

no es verdadero existir hasta que no aparece o se muestra a sí mismo. Por tanto, la existencia de un ente que es capaz de saberse como parte de una unidad mayor, el Ser, y que con su consciencia lo ilumina, es el hito que nos marca la senda del desarrollo humano. Desarrollo humano es, pues, buscar que se desenvuelvan las potencialidades del propio ser humano, su capacidad de ser consciente, de pensar y de pensarse a sí mismo como parte de un todo mayor que nos acoge.

Ahora bien, ¿es esto sostenible? Rotundamente sí. El desarrollo humano es sostenible por cuanto no es consumidor de recursos sino, muy al contrario, generador de ellos. Más humanidad no es multiplicación de entes, sino desenvolvimiento de nuestra esencia libre y dadora de sentido. Profundizar en las potencialidades de la consciencia humana y deshacernos paulatinamente de la nihilización (o penetración de la nada) allá donde sólo produce relativismo consumista.

Desde aquí, no resulta difícil comprender hacia dónde apunta el desarrollo y su sostenibilidad: reconocer a cada ser humano como un ser único, dador de sentido, unificador de lo real, que debe ser respetado en tan alto grado que su existencia (la de cada ser humano) es en verdad lo único verdaderamente sagrado que tenemos. Respetar su libertad en tanto que esta no suponga el detrimento de las posibilidades humanizadoras del resto. Y, si para conseguir esto, hay que decrecer en lo material, pues habrá que hacerlo.